

La Teología litúrgica de Tertuliano

Jesús Manuel Santiago Vázquez¹
Doctor en Teología Dogmática

INTRODUCCIÓN

Para comprender la concepción litúrgica de los primeros cristianos, son muy reveladoras las siguientes palabras de Congar: “Para los primeros cristianos, toda relación del hombre con Dios –reglas de acción, templo, sacerdocio, sacrificio– consistía en Jesucristo, cuya realidad y cuya vida se hacían nuestras por la fe”². Siguiendo esta línea de demarcación, hemos de preguntarnos qué significa que Cristo sea el centro de la nueva liturgia, esto es, su sacerdote, su templo y su sacrificio, y qué consecuencias tiene para la liturgia de la Iglesia tal afirmación.

El objetivo de este artículo es profundizar en esta pregunta, a partir de uno de los autores más importantes y, al mismo tiempo, más complejos de la antigüedad cristiana: Tertuliano³. Es un autor con un profundo conocimiento de las Sagradas Escrituras, hasta el punto de poder afirmar que su teología y su exégesis bíblica se identifican. En él, confluyen múltiples tradiciones, tanto cristianas –sobre

1 Doctor en Teología Dogmática con la tesis *La teología litúrgica de Tertuliano. Continuidad y conflicto con la tradición precedente* [Facultad de Teología San Dámaso. *Dissertationes theologicae* 6], Madrid 2011. Profesor del Seminario de Lugo.

2 Y. M.-J. CONGAR, *Sacerdocio y laicado* [Editorial Estela], Barcelona 1964, p. 80.

3 Este artículo es una pequeña síntesis de mi tesis doctoral: cf. J. M. SANTIAGO VÁZQUEZ, *La teología litúrgica de Tertuliano. Continuidad y conflicto con la tradición precedente* [Facultad de Teología San Dámaso. *Dissertationes theologicae* 6], Madrid 2011.

todo, Justino e Ireneo— como paganas —el derecho romano, la filosofía y la retórica— e incluso las diversas tradiciones judaicas y rabínicas. En cuanto a su concepción litúrgica, en su obra encontramos un rico lenguaje litúrgico. Términos como culto, sacerdote, templo, sacrificio, víctima, cordero, macho cabrío, oveja, inmolación, eucaristía, sábado, la bañan constantemente.

Todo ello le hace ser uno de los autores más importantes y complejos de la antigüedad cristiana con continuas tensiones, no sólo con la tradición cristiana precedente, sino también consigo mismo, las cuales nos dejan un sinfín de preguntas sin respuesta⁴. No obstante, estas tensiones no impiden que podamos presentar un pensamiento litúrgico coherente en Tertuliano.

1. TEOLOGÍA LITÚRGICA DE TERTULIANO

Hemos dicho más arriba, a raíz de las palabras de Congar, que, para los primeros cristianos, Cristo es el centro y fundamento de la liturgia cristiana. Su muerte, resurrección y ascensión implican también una nueva liturgia, que supera a la judía. Ya no hay días determinados ni espacios geográficos para ofrecer culto a Dios, todo tiempo y todo lugar es oportunidad de vivir litúrgicamente.

Tertuliano ahonda en esta máxima en *Adversus Marcionem* IV, 12, 9-11:

Además, los fariseos observan si cura en sábado (cf. Lc 6, 7) para acusarlo, ciertamente, como destructor del sábado, no como confesor de un dios nuevo. Quizás re-

⁴ No voy a profundizar en sus tensiones litúrgicas en este artículo. Solamente constato que no podemos caer en la tentación de pensar que Tertuliano es un autor armónico y sin fisuras. Para muestra, la siguiente: Ireneo de Lyon sostiene que todos los justos tienen rango sacerdotal (*ordo sacerdotalis*), para estar continuamente al servicio del altar y de Dios y vivir el sábado continuado (cf. *Adversus haereses* IV, 8, 3). Este es el pensamiento que encontramos también en gran parte de la obra de Tertuliano, y que vamos a profundizar en este artículo. Sin embargo, en dos textos de su época montanista (cf. *De baptismo* 17, 1-3 y *De exhortatione castitatis* 7, 1-6), encontramos un cambio de perspectiva importante para el futuro de la teología litúrgica. Afirma que los laicos son sacerdotes en cuanto al poder sacerdotal (*ius sacerdotis*), y no en cuanto al *ordo sacerdotalis*, ya que éste es propio solamente de los presbíteros. Y son sacerdotes para realizar las funciones sacerdotales en caso de necesidad. Para profundizar más en esta contradicción de Tertuliano, cf. mi tesis doctoral, pp. 260-272.

pita por todas partes esta única afirmación: que en ninguna parte fue predicado otro [Dios distinto al de] Cristo. Pero los fariseos se equivocaban completamente acerca de la ley del sábado, porque no observaban que Dios había prescrito el descanso de las obras bajo condición, bajo un determinado aspecto de ellas. En efecto, cuando afirma acerca del sábado: “En ese [día] no harás ninguna obra tuya” (Ex 20, 10); al decir “[obra] tuya” define la obra humana (*de humano opere*) –aquella que cada uno persigue por su arte o su actividad–, no [la obra] divina. Pero la obra de la salvación y de la incolumidad no es propia del hombre, sino de Dios, como también aún dice en la Ley: “En ese [día] no harás ninguna obra, sino aquella que es hecha para toda alma” (Ex 12, 16), esto es, para liberar el alma, porque la obra de Dios (*opus dei*) puede ser hecha también por el hombre para la salvación del alma, pero proviene de Dios. Esto era lo que Cristo, como hombre, iba a hacer, porque también era Dios. Luego, queriendo llevar a este sentido de la Ley, por medio de la curación de la mano disecada, les pregunta: “¿Es lícito hacer el bien en sábado o no? ¿Liberar el alma o perderla?” (Lc 6, 9). Para que, permitiendo esta obra que habría de ser hecha a favor del alma, les recordase qué obras prohibía la Ley [hacer] en sábado, esto es, las humanas, y cuáles ordenaba [hacer], esto es, las divinas, aquellas que se hacen para toda alma, al haberse llamado Señor del sábado, porque protegía el sábado como cosa suya.

En *Adversus Marcionem*, Tertuliano hace frente al hereje Marción. A grandes rasgos, éste afirma que el Creador y el Dios Padre de Jesucristo son dos dioses distintos. El primero ejerce con sus súbditos, los hombres, una justicia meramente retributiva –castigaba a los transgresores con el infierno y recompensaba a los obedientes con el seno de Abraham–, en tanto que el Dios de Jesucristo es misericordioso y bondadoso. Manda a Jesús, para invitar al pueblo a abandonar la observancia de la Ley del Creador y aceptar el Evangelio de la gracia y del amor⁵. Marción lee el Evangelio de Lucas, el único que acepta por ser el Evangelio de la misericordia, para fundamentar sus tesis.

Tertuliano también lee pasaje por pasaje de Lucas para probar su error, en el libro IV de *Adversus Marcionem*. En concreto, en *Adversus Marcionem* IV, 12, 9-11, hace exégesis de Lc 6, 6-11: los fariseos acusan a Jesús de curar a un en-

5 Para profundizar en esta máxima de Marción, cf. E. NORELLI, *La filiación en Marción: algunos testimonios cruciales*, en *Filiación. Cultura pagana, religión de Israel, orígenes del cristianismo* II [Editorial Trotta], Madrid 2007, pp. 305-328.

fermo el sábado, cuando la Ley mosaica había mandado descansar ese día de los trabajos ordinarios para dedicarlo a Dios (cf. Ex 20, 8-11 y 31, 12-17). Marción, al igual que los fariseos, afirma que Jesús no cumple la Ley del sábado, y no tiene por qué cumplirla, puesto que es una Ley impuesta por el Creador. Tertuliano responde: la Ley prohíbe realizar en ese día la obra humana, aquella que el hombre hace por su arte y actividad, pero no prohíbe hacer la obra propia de Dios, la de la salvación y de la incolumidad. Jesús puede curar en sábado, porque la Ley había mandado descansar en ese día de las obras propias del hombre (cf. Ex 12, 16), para realizar la obra de Dios. Concluye que el hombre puede realizar esta última, porque la hizo Cristo como hombre al curar, ya que Él también era Dios.

En este texto descubrimos los aspectos fundamentales del pensamiento litúrgico de Tertuliano: a) el ministerio sacerdotal de Cristo al curar al enfermo; b) el sacerdocio de los cristianos, cuyo fundamento es Cristo sacerdote; y c) el verdadero y profundo sentido del sábado.

a) MINISTERIO LITÚRGICO DEL HIJO

La idea de mediación es fundamental para comprender el ministerio litúrgico del Hijo. El Padre crea al hombre y lo llama a la vida con Él, pero es incommensurable, inexplicable e invisible. Por ese motivo, no puede tener relación directa con las criaturas, necesita del Hijo, que es de su misma sustancia y comparte con Él un mismo ser divino y un mismo estado, y, al mismo tiempo, tiene forma y medida para poder ser visto por el hombre⁶.

A partir de esta idea de mediación podemos comprender el ministerio litúrgico de Hijo: Él es el sacerdote de Dios Padre, es el templo donde Dios se hace presente al hombre, y la víctima de propiciación y expiación.

• Cristo, sacerdote perpetuo y universal de Dios

Para Tertuliano, la misión mediadora del Hijo es incluso anterior a la obra de la creación, puesto que el Padre crea a través del Hijo. En esta mediación suya, reconocemos su ministerio sacerdotal: es ministro y árbitro del Hacedor en la

⁶ Cf. *Apologeticum* 21, 13; *Adversus Praxean* 7, 1.

creación⁷, el cual se la entrega al principio de los tiempos, para que le dé forma, medida y la modele con sus manos, y se la devuelva al final de los tiempos, como ofrenda perfecta y agradable a Él.

El ministerio sacerdotal del Hijo continúa a lo largo de la historia de la salvación. Tertuliano sostiene que el Verbo ya es visible antes de la encarnación⁸. En la teofanía de Mambré (cf. Gen 18, 1-15) se aparece a Abraham en carne, aunque en una impassible, porque aún no iba a morir. Por medio de estas teofanías del AT, el Hijo aprende a tratar, a deliberar y a juzgar al género humano, y se va preparando para asumir la carne pasible en la encarnación⁹. ¿En dónde se muestra aquí el ministerio sacerdotal del Hijo? En *Adversus Praxean* 16, 2, Tertuliano presenta este ministerio:

El que dice toda potestad y todo juicio y que todas las cosas han sido hechas por Él y que todas las cosas han sido entregadas en su mano, no consiente ninguna excepción de tiempo, porque no serán todas las cosas si no han sido [las obras] de todo tiempo. Por tanto, es el Hijo quien desde el inicio juzgó, destruyendo la torre soberanísima y dispersando las lenguas (cf. Gn 11, 7), castigando todo el orbe con la violencia de las aguas (cf. Gn 6, 17), haciendo llover sobre Sodoma y Gomorra fuego y azufre (cf. Gn 19, 24), Dios de parte de Dios.

El Hijo desciende porque tiene todo poder y todo juicio, y todas las cosas han sido creadas por Él y entregadas en sus manos. Por eso, juzga desde el inicio, destruye la torre de Babel y dispersa a los hombres en distintas lenguas, los castiga con el diluvio y arrasa Sodoma y Gomorra. De este modo, aprende y, al mismo tiempo, va configurando y dando forma a la creación –“preparando siempre desde el inicio su orden” (*Adversus Praxean* 16, 3)– para entregársela al final de los tiempos al Padre como ofrenda sacerdotal perfecta.

El Hijo es sacerdote desde el principio, porque es también Dios, en cuanto Verbo preexistente a la creación. Ahora bien, su sacerdocio, tanto en la creación como en el AT es *in fieri*, dinámico, preparatorio y en ciernes. Solamente en el NT será en plenitud. Él cura al leproso de Lc 5, 12-14, porque es el sacerdote uni-

7 Cf. *Adversus Hermogenem* 22, 5 y *Adversus Marcionem* II, 27, 6.

8 Cf. *De carne Christi* 6, 7-9.

9 Cf. *Adversus Praxean* 16, 3-4

versal del Padre¹⁰, y a los diez leprosos de Lc 17, 11-19, puesto que es el auténtico y verdadero Pontífice de Dios Padre¹¹. Tertuliano también le llama Pontífice de la salvación¹² y Sumo sacerdote del Padre¹³. La vida pública de Cristo, sus curaciones y milagros, son un ministerio sacerdotal. A partir de aquí podemos entender *Adversus Marcionem* IV, 12, 9-11: en su carne, como hombre, realiza la obra de Dios (*opus dei*), cuando libera al hombre del pecado, lo purifica y sana su carne, haciéndole hombre nuevo y libre llevado hasta las moradas del Padre. Y la realiza puesto que es el único mediador de entre Dios y los hombres, el sacerdote perpetuo y universal de Dios Padre.

El sacerdocio de Cristo en el NT nace de su unción espiritual en el Jordán¹⁴. Todos los carismas espirituales, citados en Is 11, 1-2, se concentran en Él a partir de su bautismo. En el AT, estaban diseminados entre los sacerdotes, los profetas y los reyes. Ahora se concentran en su plenitud en Cristo, para que pueda realizar milagros y curaciones como sacerdote a lo largo de su ministerio público.

• Cristo, templo perpetuo y universal de Dios

La gran novedad del cristianismo acerca del templo es la siguiente: en el cuerpo de Cristo muerto, resucitado y ascendido a los cielos, podemos contemplar el verdadero y definitivo templo de Dios, el lugar donde se hace presente a su pueblo.

Tertuliano profundiza en torno a esta concepción de la carne de Cristo como templo, a partir de la exégesis de tres textos veterotestamentarios: 2 Sam 7, 12-16, Sal 117, 22 e Is 2, 2-4.

– Exégesis de 2 Sam 7, 12-16

Este texto bíblico habla de la profecía de Natán al rey David. Dios, a través del profeta, impide a David construir un templo y le dice que va a ser un des-

10 Cf. *Adversus Marcionem* IV, 9, 9.

11 Cf. *Adversus Marcionem* IV, 35, 7. 11.

12 Cf. *De carne Christi* 5, 10.

13 Cf. *De pudicitia* 20, 10.

14 Cf. *Adversus Iudaeos* 8, 14.

endiente suyo quien lo construya. El reinado de este descendiente y el templo que habría de construir permanecerían para siempre.

Tertuliano, hace exégesis de este texto en *Adversus Marcionem* III, 20, 8-10. Afirma que la profecía no se puede referir a Salomón –tal como sostenían judíos y Marción–, sino a Cristo, porque sólo su reinado es perpetuo, en tanto que el de Salomón es temporal. Y en cuanto al templo, afirma:

Cristo habría de construir la casa de Dios (cf. 2 Sam 7, 13), es decir, el hombre santo en el que, como en un templo más digno, habitase el Espíritu de Dios¹⁵.

El planteamiento de Tertuliano es el siguiente: sobre el hombre Jesús desciende el Espíritu Santo en el Jordán, para hacer de su carne templo de Dios. Un templo más digno que el construido por manos humanas, porque su constructor es el mismo Dios.

– *Exégesis de Sal 117, 22*

Este versículo del Salmo 117, menciona la piedra que desecharon los arquitectos, que se convierte en piedra angular. Tertuliano, en *Adversus Marcionem* III, 7, 1-5 y *Adversus Iudaeos* 14, 1-5, sostiene que Sal 117, 22 se refiere a la doble venida de Cristo:

Estos argumentos de bajeza competen a su primera venida, como los de sublimidad a la segunda, cuando ya no será hecho piedra de ofensa ni piedra de escándalo, sino suma piedra angular asumida tras la reprobación y elevada para la consumación del templo (cf. Is 28, 16; Sal 117, 22), es decir, de la Iglesia¹⁶...

La primera venida es en la humildad de la carne, y a ella se refiere la piedra que desecharon los arquitectos; la segunda venida acontecerá al final de los tiempos, y a ella alude la piedra angular. La carne débil y humilde se convierte, por la resurrección, en carne fuerte, hermosa y gloriosa, para la construcción y la consumación del templo de Dios.

15 Cf. *Adversus Marcionem* III, 20, 9.

16 *Adversus Iudaeos* 14, 3.

– *Exégesis de Is 2, 2-4*

Isaías apunta a lo que acontecerá en los últimos días: todas las naciones subirán al monte del Señor, donde se encuentra su templo.

Tertuliano, en *Adversus Marcionem* III, 21, 3, afirma:

Con estas mismas palabras, dice Isaías: “Y, en los últimos días, será manifiesto el monte del Señor” –es decir, su sublimidad– “y la casa de Dios sobre la cima de los montes”, es decir, Cristo –templo universal de Dios (cf. Jn 2, 19. 21), en el cual Dios recibe culto, establecido sobre las cumbres de las virtudes y de las potestades (cf. Ef 1, 21)– “y vendrán hacia él todas las naciones, e irán muchos y dirán: venid, subamos al monte del Señor y a la casa del Dios de Jacob, y nos anunciará su camino y caminaremos en él; pues de Sión saldrá la Ley y de Jerusalén la Palabra del Señor” (Is 2, 3) –este camino será el de la nueva Ley, el del Evangelio, y el de la nueva Palabra, en Cristo, no ya en Moisés– “y juzgará en medio de los pueblos” –esto es, [juzgará] de su error– “y será árbitro de un pueblo numeroso”, sobre todo de aquellos judíos y prosélitos, “y quebrarán sus espadas en arados y sus lanzas en podaderas”, esto es, las invenciones de las almas y de las lenguas infestas y convertirán la naturaleza de toda maldad y blasfemia en aspiración de moderación y de paz, “y no cogerá la gente la espada sobre [otra] gente”, es decir, [la espada] de la discordia, “y no aprenderán más a hacer la guerra” (Is 2, 2-4), esto es, a finalizar las enemistades, para que también de esto aprendas que Cristo no había sido prometido potente en la guerra, sino portador de paz.

Cristo es el templo universal de Dios, puesto sobre las cumbres de las virtudes y las potestades. Hacia Él vendrán todas las naciones en los últimos días, los días de su ascensión¹⁷, cuando el templo esté sobre toda potestad y todos los pueblos confluyan hacia Él. Además, la profecía de Isaías anuncia cómo será el nuevo culto: “Quebrarán sus espadas en arados y sus lanzas en podaderas”. Tertuliano interpreta estas palabras del modo siguiente: las espadas y las lanzas de la discordia y de la enemistad se convertirán en arados y podaderas de paz. El culto a Dios sólo puede ser realizado en régimen de inocencia.

17 Así lo sostiene Cl. Moreschini. Comentando *Marc* III, 21, 3, afirma que los últimos días son los que suceden a la muerte de Cristo, días en los que los cristianos estaban a la espera de la segunda venida del Señor (cf. CL. MORESCHINI, *Opere scelte di Quinto Settimio Fiorente Tertulliano*, [Clasici UTET], Torino 1999, p. 255, nota 162).

– Exégesis de Is 2, 2-4

Isaías apunta a lo que acontecerá en los últimos días: todas las naciones subirán al monte del Señor, donde se encuentra su templo.

Tertuliano, en *Adversus Marcionem* III, 21, 3, afirma:

Con estas mismas palabras, dice Isaías: “Y, en los últimos días, será manifiesto el monte del Señor” –es decir, su sublimidad– “y la casa de Dios sobre la cima de los montes”, es decir, Cristo –templo universal de Dios (cf. Jn 2, 19. 21), en el cual Dios recibe culto, establecido sobre las cumbres de las virtudes y de las potestades (cf. Ef 1, 21)– “y vendrán hacia él todas las naciones, e irán muchos y dirán: venid, subamos al monte del Señor y a la casa del Dios de Jacob, y nos anunciará su camino y caminaremos en él; pues de Sión saldrá la Ley y de Jerusalén la Palabra del Señor” (Is 2, 3) –este camino será el de la nueva Ley, el del Evangelio, y el de la nueva Palabra, en Cristo, no ya en Moisés– “y juzgará en medio de los pueblos” –esto es, [juzgará] de su error– “y será árbitro de un pueblo numeroso”, sobre todo de aquellos judíos y prosélitos, “y quebrarán sus espadas en arados y sus lanzas en podaderas”, esto es, las invenciones de las almas y de las lenguas infestas y convertirán la naturaleza de toda maldad y blasfemia en aspiración de moderación y de paz, “y no cogerá la gente la espada sobre [otra] gente”, es decir, [la espada] de la discordia, “y no aprenderán más a hacer la guerra” (Is 2, 2-4), esto es, a finalizar las enemistades, para que también de esto aprendas que Cristo no había sido prometido potente en la guerra, sino portador de paz.

Cristo es el templo universal de Dios, puesto sobre las cumbres de las virtudes y las potestades. Hacia Él vendrán todas las naciones en los últimos días, los días de su ascensión¹⁷, cuando el templo esté sobre toda potestad y todos los pueblos confluyan hacia Él. Además, la profecía de Isaías anuncia cómo será el nuevo culto: “Quebrarán sus espadas en arados y sus lanzas en podaderas”. Tertuliano interpreta estas palabras del modo siguiente: las espadas y las lanzas de la discordia y de la enemistad se convertirán en arados y podaderas de paz. El culto a Dios sólo puede ser realizado en régimen de inocencia.

17 Así lo sostiene Cl. Moreschini. Comentando *Marc* III, 21, 3, afirma que los últimos días son los que suceden a la muerte de Cristo, días en los que los cristianos estaban a la espera de la segunda venida del Señor (cf. CL. MORESCHINI, *Opere scelte di Quinto Settimio Fiorente Tertulliano*, [Classici UTET], Torino 1999, p. 255, nota 162).

El nuevo culto a Dios rompe con los límites que imponía el espacio geográfico ocupado por las piedras del templo de Jerusalén. Se da en el templo de las piedras vivas (cf. 1 Pe 2, 5), cuya piedra angular (cf. Sal 117, 22) es la carne gloriosa de Cristo. Lo que impedirá este nuevo culto, ya no es el espacio geográfico, sino el no ser ofrecido en inocencia, ya que el nuevo culto ofrecido en el templo universal del Dios lleva consigo que las lanzas de la discordia y de la guerra se conviertan en podaderas de moderación y de paz.

Los tres textos estudiados muestran el dinamismo en la construcción del templo: en el AT se profetiza su construcción, que tiene lugar en el NT, desde el bautismo del Jordán hasta la resurrección. Durante este último periodo, el Espíritu va poseyendo poco a poco la carne de Jesús, que va pasando de ser piedra de ofensa y de escándalo (cf. Is 28, 16; 8, 14) a ser piedra angular (cf. Sal 117, 22). Cuando se finaliza de construir está preparado para ser el templo universal de Dios, hecho que acontece en la ascensión. En este momento, el templo de la carne de Cristo se convierte en el lugar donde Dios recibe culto por parte de todas las gentes, en todo tiempo y lugar.

• Cristo, víctima de propiciación y expiación

En el templo de la carne, el sacerdote realiza el sacrificio expiatorio a Dios y la ofrenda agradable a Él: Cristo entrega su cuerpo y derrama su sangre en la cruz en favor de los hombres.

Tertuliano descubre la *figura* del sacrificio de Cristo en el de Isaac¹⁸, en el de los dos machos cabríos de Lev 16, 5-10¹⁹ y en el del cordero pascual sacrificado por Israel a la salida de Egipto²⁰.

En *De fuga in persecutione* 12, 2, sostiene que Cristo muere en la cruz y se entrega como oveja llevada al sacrificio (cf. Is 53, 7), en obediencia total al Padre, por nuestros pecados. Y, a continuación, afirma:

Todo esto [ha sucedido] para rescatarnos de los pecados. El sol se apagó el día de nuestra compra (cf. Mt 27, 45). Nuestra redención está en los infiernos y nuestra promesa en los cielos. Se levantaron las puertas eternas para que entrase el Rey

18 Cf. *Adversus Marcionem* III, 18, 2; *Adversus Iudaeos* 13, 20-21.

19 Cf. *Adversus Marcionem* III, 7, 7; *Adversus Iudaeos* 14, 9.

20 Cf. *Adversus Marcionem* IV, 40, 1.

de la gloria (cf. Sal 23, 7), el Señor todopoderoso, después de que comprase al hombre de la tierra, es más, de los infiernos, para los cielos.

El hombre, que había desobedecido a Dios, es rescatado por la obediencia de Cristo, y, muerto por su pecado, es rescatado por la muerte en la cruz. Pero no basta ésta para la redención. Es necesario el descenso a los infiernos, para rescatar a los que moraban allí, la resurrección y la ascensión, para llevar a Dios a los que había rescatado de los infiernos y presentarlos como ofrenda al Padre. A partir de la ascensión, Cristo ya no es simplemente víctima expiatoria y propiciatoria, sino también víctima ofrecida al Padre.

b) MINISTERIO LITÚRGICO DE LOS CRISTIANOS

Decíamos más arriba que Cristo es el fundamento de la liturgia que celebra la Iglesia. Por ello, todo bautizado puede participar del culto ofrecido al Padre, convirtiéndose él también en sacerdote, templo y víctima.

• El cristiano, sacerdote a imagen de Jesucristo

Tertuliano, en *Adversus Marcionem* IV, 23, 10, hace exégesis de Lev 21, 11. Al sacerdote se le prohibía acercarse al cadáver de su progenitor para no caer en impureza. Y concluye:

Cuando le responde “deja que los muertos entierren a sus muertos, tú, en cambio, ven y anuncia el Reino de Dios” (Lc 9, 60), a aquel que había puesto como excusa el funeral del padre, confirmó abiertamente dos leyes del Creador: una acerca del sacerdocio en el Levítico, la que prohíbe a los sacerdotes participar de las exequias incluso de sus padres –dice: “no se acercará el sacerdote a ningún alma difunta ni se contaminará [al acercarse] a su padre y a su madre [difuntos]” (Lev 21, 11)–; la otra acerca del voto en los Números. En efecto, también a aquel que hizo un voto a Dios obliga, entre otras cosas, a no acercarse a ningún alma difunta, ni siquiera al [cadáver del] padre, de la madre, o de los hermanos (cf. Num 6, 6-7). Considero que destinaba tanto al voto como al sacerdocio a aquel que había instituido para predicar el Reino de Dios.

Tertuliano afirma que el mandato de Lev 21, 11, se cumple en Lc 9, 60, cuando Cristo manda a un discípulo: “deja que los muertos entierren a sus muertos, tú, en cambio, ven y anuncia el Reino de Dios”. Con estas palabras, Cristo está llamando a sus discípulos al ministerio sacerdotal para predicar el Reino de Dios.

Al igual que acontece en Cristo, este ministerio sacerdotal nace en las aguas bautismales, cuando el Espíritu unge la carne y hace del neófito hijo de Dios y de la Iglesia. De este modo, el cristiano es el verdadero sacerdote que ofrece el sacrificio espiritual²¹.

• El cristiano, templo de Dios

El Apóstol Pablo afirma que somos templo de Dios (cf. 1 Co 3, 16; 6, 19). Tertuliano profundiza en torno a estas palabras del Apóstol y concluye: el verdadero templo es la carne gloriosa de Cristo. En ella, el Espíritu Santo descansa con sus siete dones²², haciendo de Cristo el templo universal de Dios²³. Los cristianos forman parte de este templo como piedras vivas (cf. 1 Pe 2, 5). Son templo de Dios porque, como acontece en la carne de Cristo, son morada del Espíritu Santo por el bautismo (cf. 1 Co 3, 16-17)²⁴ y miembros de Cristo (cf. 1 Co 6, 15), miembros del nuevo templo, cuya piedra angular es el propio Cristo (cf. Sal 117, 22)²⁵. Por esta razón, profanar el templo es realizar las obras de la carne²⁶, las obras del adulterio y de la fornicación²⁷.

Tertuliano habla de un templo en construcción:

Por tanto, para resumir, aquella [carne] que Dios ha creado con sus Manos a imagen de Dios (*quam deus manibus suis ad imaginem dei struxit*), aquella que ha animado con su aliento a semejanza de su vitalidad, aquella que ha puesto al frente

21 Cf. *De oratione* 28, 3.

22 Cf. *Adversus Marcionem* III, 17, 4; IV, 1, 8; 36, 11; V, 8, 4; *De carne Christi* 21, 5; *De coonar* 15, 2; *Adversus Iudaeos* 9, 26.

23 Cf. *Adversus Marcionem* III, 21, 3.

24 Cf. *Adversus Marcionem* V, 6, 11.

25 Cf. *Adversus Marcionem* V, 7, 4; *Res* 10, 4; *De pudicitia* 16, 8.

26 Cf. *De resurrectione mortuorum* 10, 4.

27 Cf. *De pudicitia* 6, 2-5.

de toda su creación para dominar sobre los frutos que la habitan, aquella que ha vestido de sus sacramentos y sus disciplinas, de aquella que ama la pureza, de la que aprueba las mortificaciones, de la que aprecia los sufrimientos para sí. ¿Acaso no resurgirá ésta, que en tantas ocasiones ha sido cosa de Dios? Jamás, jamás suceda que Dios abandone a la muerte eterna la obra de sus Manos, el producto de su ingenio, la envoltura de su hálito, la reina de su creación, la heredera de su liberalidad, la sacerdotisa de su religión, la soldado de su testimonio, la hermana de su Cristo²⁸.

Tertuliano define la carne como la obra de las Manos de Dios. El verbo que utiliza para la acción de crear la carne es *struo* (*quam deus manibus suis ad imaginem dei struxit*). Este verbo indica una acción de construcción, de edificación y de erección²⁹. Cuando Dios crea la carne a su imagen, la está construyendo, edificando y erigiendo con sus propias Manos, como se construye, se edifica y se erige un edificio. Este edificio es el templo de Dios.

El pensamiento de Tertuliano es el siguiente: cuando Dios modela a Adán del polvo de la tierra, plasma al hombre animal³⁰, que tiene en sí el Espíritu en prenda, pero no en plenitud³¹. Éste sólo es poseído plenamente cuando Cristo lo derrama en Pentecostés. En Adán se comienza a construir el templo de Dios, que es terminado en la carne gloriosa de Cristo. De este templo formamos nosotros parte como piedras vivas (cf. 1 Pe 2, 5). Ahora bien, este templo no está finalizado. Aunque participamos del Espíritu Santo derramado en Pentecostés en su plenitud, nuestra carne es humilde, aún no ha alcanzado la plenitud de la gloriosa. Sólo cuando sea elevada a la altura de Dios, al final de los tiempos, estará finalizada la obra del templo de Dios. Mientras tanto, formamos parte de un templo en construcción como piedras vivas que se dejan guiar por el Espíritu para hacer las obras de los hijos de Dios.

28 *De resurrectione mortuorum* 9, 1.

29 Cf. A. BLAISE, *Dictionnaire Latin-Français des auteurs chrétiens* [BREPOLS], Paris 1954, p. 778.

30 Cf. *De carne Christi* 17, 3; *De resurrectione mortuorum* 6, 5.

31 Cf. *De oratione* 5, 7; *De resurrectione mortuorum* 6, 5.

• **El cristiano, víctima viva, santa y agradable a Dios**

Como sacerdote a imagen de Cristo, el cristiano realiza, en el templo de su carne, el culto espiritual y puro a Dios, aquel que, profetizado en Mal 1, 10-11, tiene lugar en todo tiempo y lugar.

Tertuliano llama a la oración *víctima espiritual*³², si ésta se ofrece en Espíritu y verdad. A la aflicción de la carne, *víctima que aplaca al Señor*³³ y *sacrificio grato a Dios*³⁴. Y al martirio le llama *víctima permanente*³⁵ y *libación que se vierte sobre el sacrificio*³⁶. Todo este lenguaje litúrgico lleva a Tertuliano a concebir la vida del cristiano como liturgia y culto a Dios, si se vive en aquel mismo Espíritu que movió a Cristo y si se ofrece con ánimo simple y temeroso de Dios³⁷.

Desde esta perspectiva de toda la vida del cristiano como liturgia, comprendemos el enfoque del sábado como día de culto y día consagrado al Señor. ¿Cómo entender que Cristo curó en sábado (cf. Lc 6, 6-11)? ¿Deben los cristianos guardar el sábado? Tertuliano responde a estas preguntas:

De donde nosotros comprendemos sobre todo que debemos siempre respetar el sábado [alejándonos] de toda obra servil y no sólo cada siete días (*non tantum séptimo quoque die*), sino en todo tiempo (*per omne tempus*). Y por ello, hemos de preguntar qué sábado quiere Dios que guardemos. En efecto, las Escrituras aluden a un sábado eterno (*sabbatum aeternum*) y a uno temporal (*sabbatum temporale*). En fin, [Dios] dice por medio del profeta: “Mi alma odia vuestros sábados” (Is 1, 14), y en otra parte dice por medio del profeta: “Habéis profanado mis sábados” (Ez 22, 8). De donde distinguimos un sábado temporal, que es humano, y un sábado eterno, que se considera divino, del que profetiza por medio de Isaías: “Y habrá –dice– mes después del mes y día después del día y sábado después del sábado, y vendrá toda carne a Jerusalén a adorar [a Dios], dice el Señor” (Is 66, 23). Reconocemos que esto se ha cumplido en los tiempos de Cristo, cuando toda carne, es decir, todo pueblo, viene a Jerusalén a adorar a Dios

32 Cf. *De oratione* 28, 1.

33 Cf. *De patientia* 13, 2.

34 Cf. *De resurrectione mortuorum* 8, 4

35 Cf. *Scorpiace* 7, 7

36 Cf. *Scorpiace* 13, 9.

37 Cf. *Adversus Marcionem* II, 22, 3.

Padre por Jesucristo su Hijo, como fue profetizado por los profetas: “He aquí que los prosélitos irán hacia ti por medio de mí” (Is 54, 15)³⁸.

Tertuliano distingue un sábado temporal –el humano– y otro ininterrumpido –el divino–. Esta diferencia ya se encuentra en el AT cuando Yahweh, por una parte, condena la práctica del sábado (cf. Is 1, 14), y, por la otra, la profanación de ese mismo día (cf. Ez 22, 8). Tertuliano concluye que el sábado que debemos guardar es el divino.

El sábado ininterrumpido (cf. *per omne tempus*) es aquel en el que el hombre hace la obra de Dios y descansa de la humana, esto es, del pecado. Y, además, es el sábado del Milenio³⁹, el día en que Cristo restablecerá la carne del hombre, resucitándola, para que disfrute de los bienes de la creación⁴⁰ y adore al Señor en la Jerusalén celeste (cf. Is 66, 23).

La curación del que tenía la parálisis en el brazo (cf. Lc 6, 6-11) –de la que hemos hablado líneas arriba al referirnos a *Adversus Marcionem* IV, 12, 9-11– es anticipo de la resurrección de la carne que tendrá lugar en el séptimo día milenarista. Jesús cura, porque ya han comenzado los nuevos tiempos, porque el sábado ininterrumpido ya está incoado en la historia humana a partir de los tiempos del NT. Con su ascensión, inaugura este sábado ininterrumpido, que se vivirá en plenitud en el Milenio. Él puede inaugurarlos, porque une en sí a Dios y al hombre, y realiza, como hombre, la obra de Dios.

38 *Adversus Iudaeos* 4, 2-4.

39 J. Daniélou define el Milenarismo como la doctrina judeocristiana que defiende “la existencia de un reino terrestre del Mesías antes del fin de los tiempos [...]”. Su sustancia consiste en que Cristo volverá al final de los tiempos para establecer su reino después de la consumación de las cosas”. J. DANIELOU, *Teología del judeocristianismo* [Ediciones Cristiandad], Madrid 2004, p. 377. En las páginas siguientes de esta obra, profundiza en los elementos característicos de la doctrina milenarista: la resurrección primera (cf. pp. 385-390), los mil años (cf. pp. 390-396) y el séptimo día milenarista, el *Sabbat*, el día del descanso (cf. pp. 396-402). Los orígenes del Milenarismo debemos buscarlo en una época anterior a la era cristiana: en las esperanzas que los judíos tenían de un reino terrestre del Mesías. Algunos rabinos judíos relacionaban la duración de este reino mesiánico con los días de la creación de Gen 1, 1-2, 4. Cada día de la semana correspondería a mil años de la historia de la humanidad, y el séptimo día, el *Sabbat* (cf. Gen 2, 2-3), a los mil años durante los cuales los justos se reunirán y descansarán a la espera de la consumación de todas las cosas. Este Milenarismo judío pasó al cristianismo a través del Apocalipsis de Juan (cf. Ap 19, 17-21; 20, 1-4).

40 Cf. *Adversus Marcionem* III, 24, 5.

En definitiva, todo lugar y todo tiempo se convierte en oportunidad de vivir litúrgicamente. El culto tiene lugar en el verdadero templo, el de la carne, por medio de las obras de misericordia, de la aflicción de la propia carne, del martirio y de la oración dirigida a Dios con un corazón humilde y obediente a sus mandatos. La víctima viva, santa y agradable a Dios (cf. Rom 12, 1) es el propio cristiano que se ofrece al Padre con los mismos sentimientos con los que Cristo se ofreció.

2. CONCLUSIÓN. HACIA UNA DEFINICIÓN DE LITURGIA

Después de profundizar en la concepción litúrgica de Tertuliano, podemos dar una definición de liturgia, a partir del pensamiento de este autor. Liturgia es toda la vida de Jesucristo, porque es la obra de Dios que hace como sacerdote para la salvación del hombre, en el templo de su carne y ofreciendo el sacrificio de su propia persona. A partir de aquí, los cristianos, como miembros de la Iglesia, Cuerpo de Cristo, se incorporan a la liturgia de Cristo desde su bautismo y ofrecen el culto a Dios como sacerdotes. Y como tales, se visten de “la estola” del Espíritu en su carne para realizar un culto perpetuo –porque se da en todo tiempo y lugar, en el sábado ininterrumpido inaugurado por Cristo e incoado en este tiempo–, espiritual –porque la liturgia es animada y guiada por el Espíritu Santo, haciendo de ella un culto en Espíritu y verdad– y en el templo de su carne –por medio de las obras del Espíritu y de la pureza de la carne, con ánimo simple y temeroso de Dios–. Liturgia es toda la vida del bautizado, verdadero ministerio sacerdotal. Es la obra de Dios hecha por Cristo, como hombre, porque también era Dios, y, por ese motivo, puede ser hecha, en el Espíritu de Pentecostés, por todo hombre para su salvación. De este modo, la vida espiritual se agota en la liturgia porque toda la vida de fe del cristiano es liturgia.